

El «joli mois»



por fr. FRANCESCO DILEO OFM Cap.

Hemos llegado, también este año, al «*joli mois que [est] le mois de mai*». Así escribía el Padre Pío el uno de mayo de hace 99 años, en francés, para responder a una carta del padre Agostino, que le había escrito parcialmente en el mismo idioma, para averiguar la capacidad de comprender y de expresarse en este idioma, que el Discípulo no había estudiado. Pero ¿por qué el Autor de la carta define al mes de mayo “joli”, es decir “bello”? Porque la Iglesia, en este mes, nos invita a nosotros, sus hijos, a considerar el ilimitado amor que siente por cada uno esta “Bendita Madre”. Un amor que el venerado Hermano ha experimentado de manera singular: obteniendo “innumerables beneficios” de Ella, siempre lista para acoger “las penosas ansias” de su “corazón agitado”, dejándose consolar e, incluso, acompañar “al altar”, llenándole “el corazón de amor santo”, hasta hacerle sentir un místico “fuego misterioso”.

Leyendo la carta n. 76 del primer volumen del Epistolario, del cual hemos cogido algunos pasajes, podríamos tener

la tentación de pensar que una relación tan íntima y profunda con la Virgen sea un privilegio reservado a pocos elegidos, a los cuales han sido concedidos carismas especiales. ¡Qué equivocación! En las vidas de los santos, de todos los santos, incluso de aquellos que no han tenido experiencias místicas, también de aquellos que esperan el reconocimiento oficial de la Iglesia, no ha faltado nunca la presencia tierna y cariñosa de la Madre de Dios y Madre nuestra, a la cual sus miradas se han elevado constantemente, con ilimitada confianza. Entre estos, un amado y llorado obispo contemporáneo, del cual está en marcha la fase vaticana de la Causa de beatificación y canonización que, con su pluma poética, ha elevado muchas veces himnos de alabanza y de amor a Aquella que invocamos como “Fuente de nuestra alegría”. En una inolvidable oración, Don Tonino Bello La invocaba con palabras que hoy nos parecen más actuales que nunca: “Santa María, Virgen de la noche, te rogamos que estés cerca de nosotros cuando amenaza el dolor y llega la prueba, y silba el viento de la desesperación y el cielo negro de las ansias sofocan nuestra exis-

tencia o el frío de las desilusiones o el ala severa de la muerte. Libéranos de los escalofríos de las tinieblas. En la hora de nuestro Calvario, Tú que has experimentado el eclipse de sol, abre tu manto sobre nosotros, por lo que, vendados con tu respiro, nos sea más soportable la larga espera de la libertad. Alívianos con caricias de Madre el sufrimiento de los enfermos (...) No nos dejes solos en la noche salmodiando nuestros miedos. Es más, si en los momentos de oscuridad te pusieras junto a nosotros y nos susurraras que también tú, Virgen del Adviento, estás esperando a la luz, las fuentes del llanto se secarían sobre nuestro rostro. Y despertaríamos juntos a la aurora”. Y Ella ha escuchado la apremiante súplica del Obispo de Molfetta, haciéndose presente sobre las paredes de su habitación, en el momento del último respiro. Así como hizo con el Padre Pío que, en el lecho de muerte, veía a “dos madres”: la terrena y la celestial. Precisamente como está preparada para hacerlo con cada uno de nosotros que se dirija a Ella de hijo a Madre. ♥

© derechos reservados